

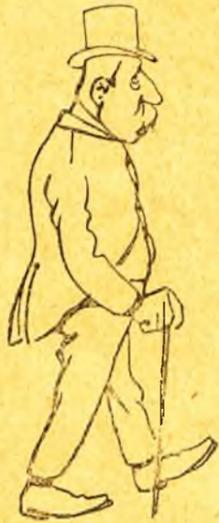
CARNAVAL

Estamos en plenas *carnes tollendas*. El dios Momo y la diosa Locura rigen un hato de locos, memos y listos, porque de todo esto, y mucho más, hay en la viña del Señor, y las bromas se suceden que es un gusto.

Buen ejemplo de ello sería un habilitado de Hacienda, amigo mío, víctima de una de estas bromitas carnavalescas, y ya lo diría él si el resfriado que cogió la otra noche al salir del café, no le hubiera producido un poquito de afasia, hasta el punto que todas las noches, á contar desde la broma, necesita de un intérprete para pedir al camarero las gotas de rom.

Figúrense mis píos lectores, que mi hombre se fué una noche de baile con unos amigos, deseoso de echar una canita al aire, y luego tuvo que volver á casa á las cinco de la madrugada todo aireado.

Sin saber cómo ni cuándo, le habían quitado la capa, y desde aquella bromita anda por ahí el habilitado sin poder habilitarse de capa y renegando de las bromas de Carnaval.



Por supuesto, que, como dijo el otro, «las bromas, pesadas ó no darlas», y en clase de éstas, aparte los *papelillos* (*confetti*, dicen los perfumistas ilustrados), las *serpentinatas* y otros chismes y artefactos, no menos molestos, inventados para dejar tuerto, ciego ó descalabrado á cualquiera, están las de darle á uno moneda falsa, vamos, la de *dársela*, en toda la extensión de la palabra.

Al activo Corredilla, uno de los dependientes del sedero López, le dieron el otro día, con motivo de Carnaval, un duro falso, y el hombre estuvo en cuatro ó siete partes con objeto de pasarlo, y lo único que pasó fueron las de Caín, porque creyeron que trataba de bromearse y le dieron un golpe en una tienda de Ultramarinos, del que todavía se le resiente la mejilla derecha.



Desde entonces, cuando sus amigos le proponen tomar parte en una bromita, el lastimado Corredilla suele exclamar llevándose las manos al carrillo, vulgo *cachete*, y no fué menudo el recibido.

—Yo, señores, me dispensarán ustedes; pero, la verdad, no quiero bromas de Carnaval... ni de tendero de frutos coloniales.

En cambio otros pasan el Carnaval divertidísimos, y muchas jóvenes, de suyo alegres, se han dado unos ratos de coser á la máquina para hacerse un trajecito de *bebé* con guarniciones de piel de gato, que daba grima verlas.

—¿Qué hace usted tan atareada, Conchita? —les preguntaba un contertulio de la casa.

Y le respondían:

do y por poco si duermo en la delegación... Verdad es que entonces iba vestida de la chuga.

Y añade el amigo:

—Lo más fresca posible.

Otros se divierten de lo lindo jellos solos, y sin necesidad de amigos ni de compañeros se disfrazan, aunque sin carata, y se lanzan por ahí, por el paseo más céntrico, en dos ó cuatro patas.

Esto último merece una explicación y nos la podría dar, si fuese capaz de dar algo, un tahonero que yo conozco que todos los años se viste con levita y sombrero de copa, y á lomos del pollino de su amo, caballero en el asno, se exhibe con más *prosopopeya* que don Quijote en su Rocinante ó el Cid en su Babieca.



Y este babieca suele decir cuando vuelve á la tahona.

—¿Cómo me he divertió y qué pocos me conocieron!...

No deja de tener razón; hay tantos caballeros de Carnaval, á los que no conocemos en todo el año ..

Candela.

Impresiones de viaje.

Te lo cuento porque quedó impreso en mi alma como en la fotografía quedan impresas las cosas que pasan por delante.

Habiéndome sido encargada una misión, que no hace al caso, y como medio más rápido de traslación, dado lo intempestivo y avanzado de la hora, monté á caballo, y tomando el camino real, me dirigí al pueblo X, distante unas ocho horas de Madrid.

Cuando sólo me faltaban veinte minutos para terminar mi viaje, llegué á la vía férrea y vi que estaban echadas las cadenas, interceptando por este motivo el paso nivel. Sonó

una campanilla, y á la débil luz que esparcían unos farolillos, vi cuatro hombres á pie, descubiertos, á otro encima de un caballo y al guarda, también descubierta y arrodillado en tierra.

El tren se iba acercando por la derecha.

Indudablemente, el conductor fué herido por el mismo pensamiento mío, porque así como yo detuve mi caballo para que el tren pasase, éste fué poco á poco aminorando su marcha hasta que, al llegar al paso nivel, había parado por completo.

Entonces el guarda quitó las cadenas de ambos lados y pasó el Viático.

La impresión que este cuadro me produjo fué muy grande. El tren, aquella enorme masa negra de hierro que, movida por el vapor, representaba la ficticia fuerza del hombre, se detenía en su rápida carrera para dejar pasar aquel humilde cortejo.

Sobre un caballejo enteco y flacucho cabalgaba un anciano sacerdote. Le acompañaban el sacristán, que llevaba en una mano un farol y en la otra una campanilla. Detrás iban tres hombres descubiertos y con un farol cada uno; dos de ellos apagados á causa, sin duda, del furioso viento que reinaba.

No sé por qué aquel respetable anciano, venerable sacerdote, me pareció que iba en vuelto en un vivo resplandor, que flotaba en derredor suyo como la aureola de luz que circundaba la cabeza de aquellos santos que, grabados en las hojas de un viejo devocionario, me daba mi abuela á besar cuando yo era muy pequeño.

Me hice á un lado, me descubrí, me persigné y, pasando por delante de mí, se internaron en una vereda que nacía en la que yo estaba. A poco, de todo aquello no quedó más que dos puntos luminosos, que brillaban inciertos allá, muy lejos, y, de vez en cuando, el débil *tilín tilín* de una destemplada campanilla; miré hacia la vía férrea y sólo percibí un agudo silbido, ya más cerca ya más lejos, según que el viento se lo traía ó se lo llevaba.

Aquella noche me pareció ver al hombre inclinarse ante Dios en aquel solitario paso nivel, y aquello me impresionó sobremanera. Al mismo tiempo adiviné que aquella locomotora, aquella enorme masa negra de hierro, movida por el vapor, conduciría en sus entrañas á multitud de personas, que ansiarían llegar para abrazar á sus familias, y adiviné también que en aquel departamento, en el cual se leía: *Buzón*, iban: la carta del amante, la carta del esposo, la carta del hijo, aguardada tanto tiem-



Capilla de Ntra. Sra. de la Novena, venerada por los actores españoles en la iglesia de San Sebastián, de Madrid.

po y cuya lectura llenaría de felicidad muchos hogares.

Pero en cambio, en aquel respetable anciano, en aquel venerable sacerdote que cabalgaba sobre el enteco y flacucho caballejo, en aquel ministro del Señor, que tenía la cara de los santos grabados en el devocionario de mi abuela, que, acompañado del sacristán y tres hombres más, se internaron por aquella vereda cubierta por el obscuro manto de la noche; también, también adiviné que irían á recoger tal vez el último suspiro y el último *creo en Dios* del moribundo en el revuelto lecho de la agonía.

Al otro día, muy de mañana, cuando apenas se dibujaban en el horizonte los primeros albores del amanecer, monté á caballo y me dispuse á regresar de mi viaje, una vez que ya había terminado la misión que me fué confiada.

Al poco rato crucé la vía férrea por el paso nivel y me encontré frente de aquella vereda por donde la noche anterior desapareció el Viático. En la nieve habían quedado impresas las huellas de su paso.

Impulsado por la curiosidad por y la tristeza que produjo en mi alma la escena de aquella noche, hice parar al noble bruto y volví los ojos hacia aquella vereda que, serpenteando por la tierra, desaparecía en una de las desigualdades del terreno.

Allá lejos, muy lejos, divisé un grupo de casitas muy blancas y muy juntas, como señal de la pureza y fraternidad de sus moradores; sobre ellas, completándolo todo y como estandarte de fe, se elevaba el empinado pico de un campanario.

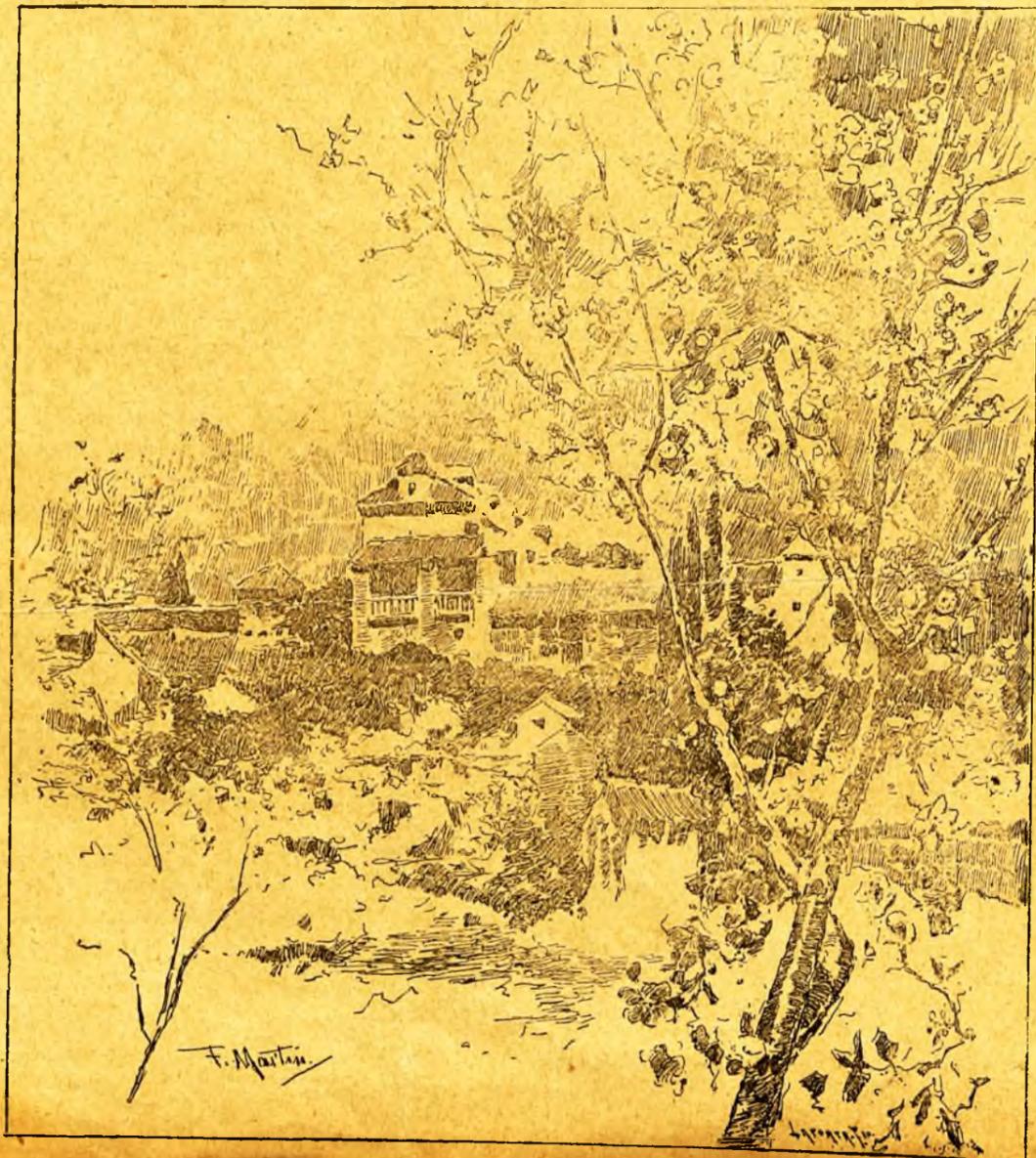
Como por instinto me detuve, y, cuando absorto contemplaba aquella miniatura de la felicidad, entre una de las húmedas ráfagas de viento que azotaban sin cesar mi rostro, llegó hasta mis oídos el ronco son de unas campanas que doblaban á muerto.

Una fuerte sacudida me hizo estremeecer, y mi caballo empezó á impacientarse. Sentí mucho frío y... lo confieso, mucho miedo. Hice la señal de la cruz; me puse el sombrero, que había acabado de quitarme; me embocé hasta los ojos; bajé la cabeza para cortar el viento, y como si fuese perseguido por la muerte, clavé las espuelas en los ijares de mi caballo y pocos momentos despues galopaba por el camino real de vuelta de mi viaje.

Julio de Hoyos

CANTAR

Si no me quieres morena, desengáñame muy pronto, porque me da mucha pena pasar la plaza de tonto.



F. Martín